

Exitus.

Era un plúmbeo lunes de enero. Comencé la semana despistado. La iracundia abrió en mí la “ventana de Overton”. El devenir de este mundo embriagado de sombras trastocó la prelación de mis valores: ¡*Panta rei!* Los principios insoslayables de mi existencia habían vuelto a cambiar. Mi mundo era inseguro, mi piedra angular estaba enferma.

Cuando todavía estaban vigentes los últimos resplandores argénteos de Selene, decidí levantarme de aquella postración existencial, y poner rumbo incierto a la escurridura de mi vida. El contenido de aquella carta que recibí el viernes a última hora, y que custodié intacto hasta los albores de este *Dies Lunae*, era una suerte de embajada mortal cuya lectura retrasé todo lo que pude. No quería leerla, no obstante, ya no tenía razones para dilatar más el temido alumbramiento; una intuición me había puesto en sobre aviso de su contenido. Abrí esta “caja de Pandora” sin respirar, y descubrí un tesoro mortal: me quedaba un mes de vida.

Para celebrar esta macabra noticia decidí ir al centro. Como adarga me llevé una pequeña libreta y un bolígrafo. Desfundé mi tarjeta-monedero del Consorcio, piqué como marca la tradición cotidiana, y me dispuse a viajar por las calles que se habían convertido en mi pasillo de pasos perdidos. Inmediatamente me puse a escribir, a plasmar mis sentimientos y miedos, mis zozobras. Me desahugué: la logoterapia pedestre, poniendo negro sobre blanco mis emociones, me procuraba la supervivencia.

Cuando llegué a la parada más próxima a la Basílica del Señor de Sevilla, sentí la corazonada de dejar allí mi pequeño cuaderno de confesiones.

Al día siguiente, e impulsado por una moción inesperada, decidí repetir la operación. Mi panoplia se había quedado en el asiento de ayer. Cogí el autobús, me sorprendió sobremanera que, en el mismo sitio de la víspera, se atisbará mi libretita. Me senté, la abrí, y constaté que 5 personas habían glosado mis escritos con experiencias, consejos y deseos. Embargado de emoción continué con mi relato encabezado con el 29, el vigía de la cuenta atrás.

Esta operación se fue repitiendo hasta el último día de mis calendas.

Con las fuerzas muy mermadas, decliné que me ingresaran en el hospital transportado en ambulancia. Consideré mucho más poético llegar a la clínica usando “mi autobús”. Volví a encontrar en el mismo sitio mi libretita, que lucía con las aportaciones anónimas de docenas de personas. Ya estaba preparado para realizar mi último viaje, y lo hacía con el iluminador peso del testimonio de quienes habían querido abrirse ante un desconocido moribundo. Me daba mucha pena irme de este mundo rompiendo la hermosa conexión con las personas que cogían ese bus de línea: se me planteó la diatriba de llevarme la libreta a la tumba o dejarla con mi epitafio como despedida. Elegí lo que prolongaría mi presencia más allá. Alguien más escribiría en mi pequeña libreta, de la que ya no ostentaba su posesión. Así se prolongaría mi presencia en el transitar de aquel autobús de línea tras mi *exitus*.